

German Luna Segura

HAYA DE LA TORRE **entre el cielo y el infierno**

El 23 de mayo de 1923 y la verdad histórica
(Extracto del libro)

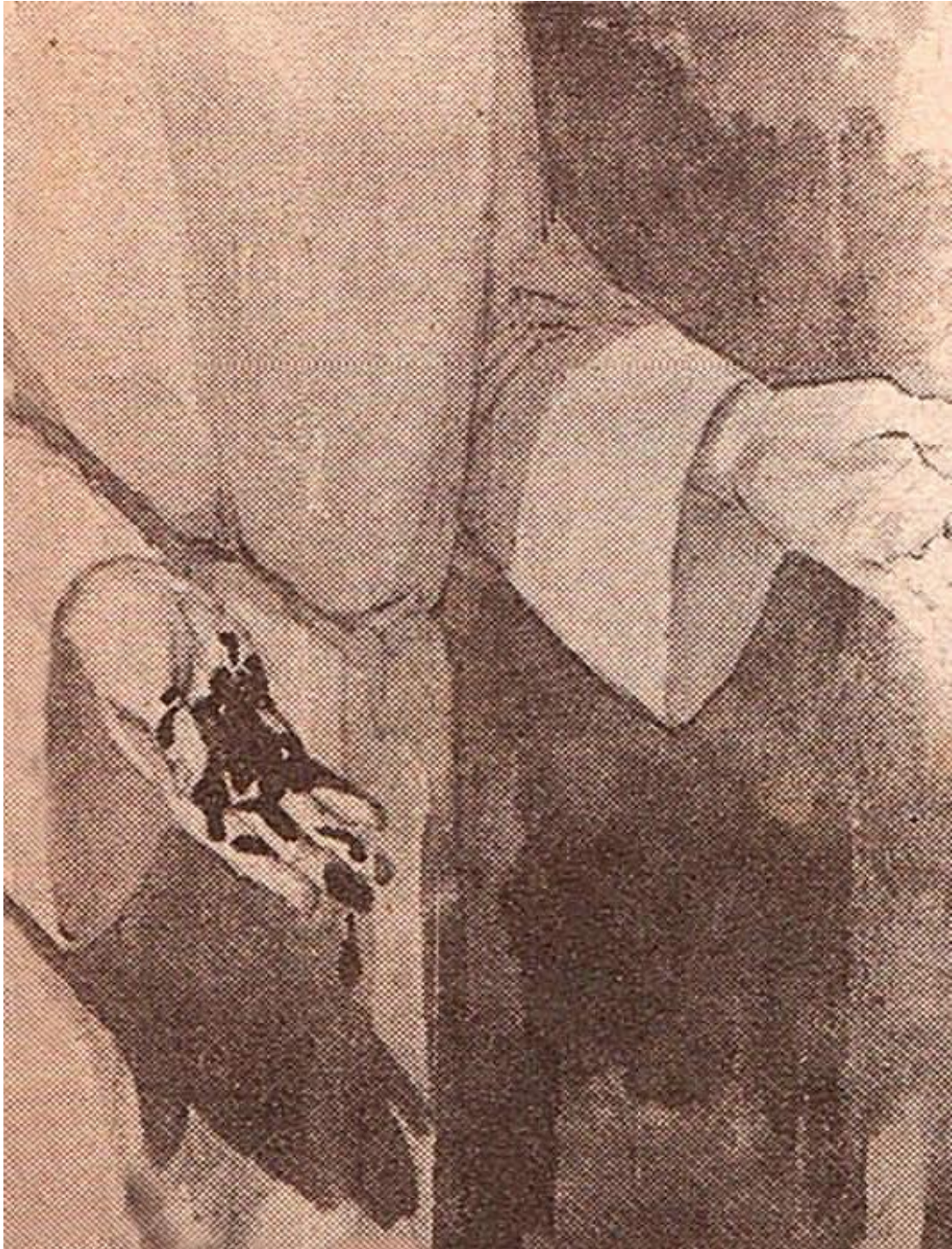
Cátedra Haya de la Torre
Ediciones Populares

HAYA DE LA TORRE
Entre el cielo y el infierno

*“El alma noble posee la gran cualidad
de apasionarse por las cosas honestas”*

*Lucius Annaeus Séneca
(4 a.C. - 65 d.C.)*

HAYA DE LA TORRE
Entre el cielo y el infierno



Alegoría “Ante la Imagen”
Ilustración: Revista Variedades
26 de mayo de 1923

*“Señor, de tu Divino Corazón
no es sangre que en tu mano ves:
Sólo es la que en tu nombre y sin razón
se vertió el 23”*

Las manifestaciones del 23 de mayo de 1923 contra el uso electoral de la religión y la libertad de conciencia, marcaron una época precedida por el surgimiento de nuevas ideas, la consolidación local del gran capital internacional imperialista, el desarrollo de la organización del pueblo y una sucesión de victorias y derrotas de una alianza obrero-estudiantil que abrió el camino para que las masas se organizaran e incorporaran a la política, consolidando nuevos liderazgos éticos y sociales como el de Victor Raul Haya de la Torre, el gran animador de ese activismo popular que produjo temor entre una oligarquía que optó por responder con violencia tratando de mantener su poder y recurriendo al uso abusivo de todos los recursos represivos contra ciudadanos movilizados en oposición al gobierno.

La jerarquía de la Iglesia, vinculada al gobierno debido al apogeo del Estado Confesional, promovía aquel año la Consagración del Perú al Corazón de Jesús, tolerando que los actos celebratorios fueran perturbados por el interés del régimen gubernamental que desnaturalizó las instrucciones pastorales, poniendo en entredicho la ocasión y generando reacciones que derivaron en masivas protestas por las que el Arzobispo de Lima, Emilio Lissón, tuvo finalmente que desistir del intento profano, suspendiendo la ceremonia programada y dándole la razón a quienes defendieron el derecho a la libertad de pensamiento consagrado por la Constitución Política del Estado.

Las presiones por llevar adelante a toda costa la consagración aludida y, la impericia de los pastores católicos para afrontar el rechazo que se evidenciaba en las calles, pasó por alto la real exigencia popular: defender los fueros espirituales de la iglesia y evitar que Leguía –cuyo culto a la personalidad era muy evidente- colocara figurativamente su rostro y propaganda en el mismísimo corazón de Jesús.

Fracasados los planes que comprometían a una iglesia vapuleada por la indefinida posición de su propia jerarquía, triunfó la libertad de conciencia, dándose inicio al tránsito lento pero inevitable del país, hacia una victoria mayor: la conquista del Estado Laico.

¿Una nueva guerra santa?

La segunda década del siglo XX encontraba al país agitado por un intenso movimiento sindical que se organizaba vertiginosamente sobre la base de una vocación revolucionaria que acompañaba los estruendosos vientos que remecían los decadentes claustros universitarios donde la Reforma Universitaria se instaló, logrando entre ambos el respaldo a sus demandas, animando a una población cada vez menos apática y harta de sufrir una sucesión de crisis en las que prevalecía la conducta corrupta de una oligarquía que sintiéndose dueña absoluta del poder, pensaba también decidir sobre el destino de la gente.

La Iglesia Católica parecía hacerse acompañar por una inanimada feligresía, sustantivamente mayoritaria entre la población, pero a la que mantenía distante de esa discreta confrontación interna que enfrentaba algunos jerarcas de la Iglesia Católica a sacerdotes, monjas y laicos *comprometidos con causas sociales*, llevándolos a bregar por la defensa de los valores de la fe, a través de una labor pastoral vinculada a la tarea de Cristo con los pobres, un evangelio que contrastaba con las múltiples concesiones producidas por el ejercicio mundano, elitista y excluyente de una práctica confesional de una iglesia formal que privilegiaba el ritual, la horrenda promoción de ferias de indulgencias y, esa grotesca sumisión al poder expresada en el silencio cómplice frente al oprobio.

Todo parecía señalar aquella práctica religiosa adscrita al legado que representó la intolerante imagen del cura Valverde¹ que no solo produjo controversia, sino que, puso en evidencia una lógica por la cual a través del tiempo, la Iglesia

¹ *Fray Vicente Valverde fue el sacerdote de la orden dominica y pariente de Francisco Pizarro a quien se le recuerda como el sacerdote que trató de bautizar a la fuerza a Atahualpa, pretendiendo, además, que el Inca rindiera honores a una Biblia que le era absolutamente desconocida.*

Católica fue concesiva con el poder político, en este caso, con el presidente Augusto Bernardino Leguía y Salcedo, candidato impenitente, quien interfirió de manera directa en las labores religiosas, tensionando al extremo las relaciones entre el pueblo y una iglesia que no tuvo ningún problema en mostrar al tirano reeleccionista junto a Monseñor Emilio Lissón, Arzobispo de Lima, ambos, asumiendo un protagonismo compartido e ilegítimo sobre actos religiosos que terminaron plagados de sospechas, múltiples desinteligencias y una increíble suma de errores que derivaron en el fatídico desenlace que se produjo tras las protestas del 23 de mayo de 1923 cuando se confirmó la noticia que la iglesia compartiría con el presidente de la República, roles en la celebración de la fiesta católica de la *Consagración al Corazón de Jesús*, decreto suscrito por el Arzobispo Emilio Lissón,

Hasta San Marcos rezando y desde allí luchando

Los delegados de la *Federación de Estudiantes del Perú (FEP)*, la *Federación Obrera (FOL)* y la *Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA)*, entre otras organizaciones, convocaron a una reunión de emergencia que se realizó a las cuatro de la tarde del día 23 de mayo de 1923 con la finalidad de abordar el tema aludido.

Fue un impresionante número de grupos y activistas de variado origen el que llegó hasta el patio de Letras de la Casona de la Universidad de San Marcos. Cercanos al lugar, agentes del gobierno permanecían listos para cumplir la orden de arresto que pendía sobre los principales líderes del movimiento obrero y de los estudiantes, circunstancia que llevó a los organizadores de la asamblea, a designar un grupo de colaboradores *“para cubrir la entrada y presencia de los organizadores”*.

HAYA DE LA TORRE
Entre el cielo y el infierno

El obrero tranviario Salomón Ponce Ames fue el encargado de coordinar las acciones para burlar el cerco policial impuesto sobre el local universitario y *encontrar la forma más conveniente de apoyar el ingreso a la asamblea, sobre todo, al principal representante de los convocantes, Victor Raul Haya de la Torre*, un difícil encargo que Ponce cumpliría gracias a la participación de muchos de los asistentes.



Cuando finalmente Haya de la Torre apareció en medio de la multitud, una sentida ovación rompió el ambiente de tensión producido por la desafiante presencia policial que amenazaba con ingresar al local desde el instante mismo que tomó conocimiento que el líder estudiantil se abrió paso encubierto, para, unos minutos después, presidir la asamblea.

Rodeado de una vibrante multitud que crecía conforme se desarrollaba el evento, Haya de la Torre levantó con las manos el proyecto de la moción suscrita por la *Federación de Estudiantes del Perú (FEP)* donde denunciaba *el ilegítimo y arbitrario uso con fines políticos de los distintivos, símbolos y mensajes relacionados con la evocación de una celebración religiosa al que desde el gobierno le habían añadido un burdo tufo electoral.*

Dado el tema planteado, el cónclave fue adquiriendo las características usuales de las convocatorias universitarias y obreras, mientras confluían vítores y proclamas que no perturbaban a quienes *oraban*, una evidente señal de la presencia de la comunidad cristiana que se hizo parte de una manifestación en la que el discurso de V.R. Haya de la Torre abordó la naturaleza de la espiritualidad, la fe, la tarea social de Cristo, la solidaridad, la libertad de pensamiento, el derecho al respeto a sus creencias, así como, la significativa importancia de la tolerancia y el sentimiento popular.

Era evidente que los ideales más significativos que animaban al estudiantado y, a la clase obrera presente, no eran ajenas tampoco a las entrañables y ancestrales tradiciones de la espiritualidad del pueblo que se reunía urgido por la traición a sus emociones y afectos, en medio de una realidad *poco santa* en la que rechazaban la evidente maniobra de conveniencia política con la que el *leguismo*, sin ningún respeto, ni consideración, burlaba el sentido de una festividad de exclusivo contenido y trascendencia religiosa que pretendía imponerse violentando la libertad de conciencia.

La manera y tiempo en el que las masas se organizaron *contra el uso político de la Consagración del Perú al Corazón de Jesús*, habla de la enorme capacidad de la movilización popular que deslinda inequívocamente de la trágica pasividad mostrada por algunos sectores de la jerarquía eclesiástica que

apoyaban la tercera reelección del gobernante que se había llevado de encuentro la neutralidad política de la Iglesia para lograr sus propósitos.

La contundencia de la convocatoria ratificó el rechazo masivo que había provocado el tema, aprobándose en ese mismo momento y por unanimidad, la moción de la *Federación de Estudiantes del Perú* que defendía el *derecho a la libertad de pensamiento* consagrado constitucionalmente, rechazando expresamente todos los intentos de manipulación producida por el Presidente Leguía, su gobierno y sus seguidores.

Concluida la reunión en la Universidad de San Marcos con la proclamación de los acuerdos, los asistentes se organizaron para salir de manera ordenada de la Universidad y poder burlar el acoso policial, tomando las calles con la consigna de *avanzar en movilización para hacer sentir la voz del pueblo*, poniéndose como meta llegar hasta la Plaza de Armas.

La jornada si bien planteó varios aspectos críticos y contrarios a la práctica religiosa habitual, de alguna manera recogía aspectos cuestionados desde los tiempos de Martín Lutero, aunque ninguno fuera necesariamente el anticristianismo. Al respecto Imelda Vega Centeno afirma:

*"objetivamente, la protesta del movimiento popular en 1923, no era necesariamente laicista ni anticlerical, menos aún antirreligiosa, más bien apuntaba hacia la defensa de los fueros de la iglesia católica, trastocados y utilizados en beneficio de un gobierno que estaba muy lejos de basarse en principios cristianos."*²

² *Diccionario Enciclopédico de Biblia y Teología/Biblia.Work/ EMILIO LISSON CHAVEZ. En: <https://www.biblia.work/diccionarios/emilio-lisson-chavez/> Vega Centeno, Imelda Aprismo, popular: cultura, religión y política CISEPA-PUC y Tarea, Lima 1991.*

Dicha posición, además, es absolutamente concurrente con el espíritu de una jornada llena de compromisos y cierto grado de misticismo, sorprendentemente liderado por un joven cuyo discurso abordaba virtudes teologales como la fe, la esperanza y la caridad en un escenario donde era evidente la presencia de aspectos esenciales del ama humana.

Según Steve Stein, en aquel momento, Haya de la Torre era considerado como el personaje más popular del Perú, el líder universitario que había alcanzado un nivel heroico al punto que el diario "EL Tiempo" lo reseña así:

*"Él era un héroe nacional y -más importante- a los ojos del proletariado limeño, 'el guía responsable de la clase trabajadora, de la que ya se había vuelto Maestro'."*³

Lo que siguió, fue la realización misma de una extendida manifestación contra el presidente Augusto B. Leguía, cuyo exacerbado culto a la personalidad lo mantuvo en el error de creer que, por encima de la realidad, *podía controlar todo lo que sucedía en "su país"*, incluso, a esa multitud a la que subestimó al considerarla *liderada por ateos sin orientación y compuesta por población anticristiana*.

Cincuenta años después, las reflexiones producidas en torno a los luctuosos acontecimientos producidos, muestran a Haya de la Torre defendiendo la misma posición del entonces joven estudiante universitario que lideró la gesta del 23 de mayo de 1923:

"...no fue un acto político propiamente dicho, respondía una maniobra con fines políticos que llevaba adelante el gobierno. No fue una circunstancia contraria a la fe popular, ni una manifestación anti-católica, fue una reacción del

³ Steve Stein, "El APRA, los años de formación", Revista Histórica VI, No. 1 (1982), 94. / El Tiempo. Lima 6 de julio de 1924.p.3,

pueblo que afirmaba la pulcritud de sus creencias y el respeto a la libertad de pensamiento, guiada, contra lo que la propaganda oficial sugería, por el mensaje bíblico que señala que “allí donde está la libertad, está el espíritu de Dios”⁴.

El tiempo mostró la perspectiva de las *almas libres* que se movilizaron aquel día, pero, también, la naturaleza legítima de una protesta popular que constituyó según Haya de la Torre:

“lucha heroica por la libertad de pensamiento y de afirmación, consolidación y bautismo histórico del frente único de los trabajadores manuales e intelectuales (...) enfrentada a una dictadura poderosa, firme y bien cimentada que tembló ante la fuerza del frente único...”⁵,

Los ciudadanos reunidos en el Parque Universitario, frente a la Casona, en la avenida La Colmena, habían integrado a transeúntes del lugar que, preocupados, manifestaban su adhesión a la movilización planteada. Los presentes se dividieron en dos frentes, uno avanzó por dicha avenida para alcanzar la Plaza San Martín, en tanto, el otro, tal vez el más numeroso y representativo, liderado por el propio Haya de la Torre, cruzó la avenida y continuó su marcha unos metros de manera decidida por Calle de Huérfanos (hoy jirón Azángaro), lugar donde los obreros pasaron a convertirse en *la primera línea de la resistencia*, siempre encabezados por el motorista Salomón Ponce Ames, quien no detuvo el paso a pesar que las tropas de policías, gendarmes y guardias republicanos, amenazantes, parecían tener una orden de cumplimiento común: *impedir el avance de la muchedumbre, a cualquier costo*.

⁴ Haya de la Torre. Coloquio. “Homenaje al 23 de mayo”, Casa del pueblo, 23 de mayo de 1973.

⁵ Luna Segura, German *La Revolución de los Espíritus* (2007).

Desde la iglesia nos disparan



Uno de los valientes y representativos manifestantes que perdió la vida aquella tarde, fue el obrero motorista Salomón Ponce Ames, hombre saludable y de gran amor por la familia, quien cayó al suelo mortalmente herido por el disparo de arma. Sobre los obreros y estudiantes se había concentrado el ataque oficial, un hecho que provocó que la población se enardeciera respondiendo dicha agresión,

lanzando piedras y pedazos de adoquines de la calzada, tratando de defenderse de alguna manera de sus agresores quienes seguían cobrando víctimas, al caer muerto, también el estudiante de letras sanmarquino Manuel Alarcón Vidalón.



Salomon Ponce Ames

Manuel Alarcon Vidalon

La prensa que respaldaba al régimen sometida por dádivas y concesiones vergonzosas a sus propietarios, no informaría de manera objetiva sobre lo ocurrido, menos daría cuenta de la denuncia de *francotiradores apostados en la torre de la Iglesia De Huérfanos*, haciendo eco, por el contrario, de la información oficial en la que el gobierno planteaba la hilarante idea de que *habrían sido los propios manifestantes quienes dispararon contra sus compañeros*; una perversa tesis de autoría macabra difundida con el propósito de no dar mayores explicaciones y evitar que se requiera información en torno a la presencia de policías y militares en la iglesia cercana, desde cuya torre los manifestantes fueron atacados.

Pasadas la siete de la noche y, a pesar que la lucha era desigual e injusta, el clima de tensión no disminuía debido a que el principal objetivo del gobierno no se cumplía cabalmente. No habían podido capturar -vivo o muerto- a V.R. Haya de la Torre, ni se había disuelto la congregación de movilizadros que, en cambio, encontraron la forma de llegar a la misma Plaza de Armas, lugar donde, con voz firme y jugándose la vida, Haya de la Torre, como líder de la protesta, rodeado de profesores y alumnos de la *Universidad Popular*, denunció ante el mundo, el cruel asesinato de sus compañeros que luchaban por la libertad de conciencia. Como era de esperarse, las respuestas aceptando el llamamiento de Haya de la Torre llegaron de todos los sectores, especialmente, de la *Federación Obrera*, quienes se habían reagrupado en varios momentos del día desde las intersecciones de la calle De Huérfanos logrando mantener viva la protesta y convocar a un *Paro General* para el día siguiente, es decir, para el 24 de mayo.

La toma de diversas calles por parte de la alianza obrera estudiantil, puso en evidencia su compromiso y respeto con el sentimiento popular y la noble causa de la libertad, un acto

inspiración que promovió a diversos grupos de jóvenes cristianos, quienes, biblias en mano, confortaban a los heridos *difundiendo esperanza a través de la palabra de Dios.*

Aquel mismo día, la asamblea de obreros y estudiantes nuevamente reunidos por la tarde, formuló un balance de la agresión sufrida el día anterior, el 23, dando cuenta del secuestro de los cuerpos caídos del estudiante y el obrero, una circunstancia que agitó las conciencias y promovió una nueva y nutrida manifestación popular que recorrería nuevamente el centro de la ciudad. La información sobre el paradero de los cuerpos de los mártires del 23 de mayo, era confusa y por momentos, absolutamente contradictoria, incluso, para la propia familia, por lo que se delegó a una comisión integrada por estudiantes de medicina, a fin que pudieran establecer la ubicación física de los restos de los mártires.

Los reportes daban cuenta que los cuerpos de Ponce y Alarcón no se encontraban en hospitales, tampoco aparecían en los registros de “ingresos” en centros asistenciales; no se hallaron certificaciones ni anotaciones de las defunciones, tampoco se encontraron cadáveres con características físicas similares a la de los fallecidos, sin embargo, el mismo informe resalta tres hechos significativos: a) La extraña movilización de la policía política hacia los alrededores de la Morgue de Lima, b) El acordonamiento policial de la zona y c) La información de los trabajadores de la Morgue dando cuenta de: *“haber visto cadáveres manipulados por agentes gubernamentales, sin identidad, ni registro, en una sala habilitada de la Morgue”.*

¡Estaba confirmado! El gobierno había secuestrado los cuerpos de las víctimas del 23 de mayo y los ocultaba. Una nutrida movilización se dirigió hacia el recinto señalado por la comisión estudiantil, requiriendo tomar conocimiento de los

resultados de las autopsias de ley realizadas a los cadáveres de Salomón Ponce Ames y Manuel Alarcón Vidalón, exigiendo, además, los cadáveres negados a la familia para brindarles tributo y justa sepultura.

Al llegar al frontis de la recién inaugurada *Morgue* a cargo de delegados de la policía, ubicada en la octava cuadrilla de la Calle Cangallo, nuevamente los delegados fueron notificados por fuentes amigas, *que el gobierno intentaba producir una sepultura clandestina, sustrayendo al pueblo del homenaje a sus mártires*. Por eso, tomando en consideración los hechos, hacia las 3 de la tarde, frente a un destacamento de soldados premunidos con armas de guerra, la multitud asumió el protagonismo y desarrolló acciones distractivas con la finalidad de poder cumplir el acuerdo de la Federación de Estudiantes notificado por Haya de la Torre, es decir, *llevar los cadáveres de los mártires a la Universidad de San Marcos para rendirles homenaje en dicha casa de estudios*.

Si bien no se había negado oficialmente la solicitud de entrega de los cuerpos a los familiares, sospechosamente se postergaban los resultados de la autopsia y corrían los plazos para que esto no sucediera, incrementando los requisitos para hacer viable la atención formulada y cuyos resultados los estudiantes esperaban.

Plenamente identificados, las autoridades seguían negándose a brindar información oficial sobre la ubicación y destino de los cadáveres pretendiendo ganar tiempo para producir un entierro clandestino, posibilidad frente a la cual, para ganar la iniciativa, Haya de la Torre subió a un improvisado estrado colocado frente a la puerta principal de la estación mortuoria, pronunciando allí mismo, un emocionado discurso que atrajo momentáneamente la atención de los gendarmes y policías, mientras los estudiantes buscaban la

HAYA DE LA TORRE
Entre el cielo y el infierno

forma de ingresar apoyados por varios obreros que trabajaban en San Fernando y La Morgue respectivamente.

Cuando lograron el propósito, dentro del local, los estudiantes encontraron los cuerpos de los hermanos caídos en la lucha y sobre el modesto ataúd en el que yacía el cuerpo inerte de Salomón Ponce Ames, colocaron también el de Manuel Alarcón Vidalón, sustrayéndolos del lugar ante la sorpresa de las fuerzas del orden. La *Caballería* arremetió contra la muchedumbre que, resistió los golpes y las heridas producidas por los sables y la fuerza represiva, cubriendo el rescate de los cadáveres con los que se inició, tan pronto traspasaron el frontis del local de La Morgue, una romería en el que la multitud se impuso desde la misma cuadra 8 del jirón Cangallo, en Barrios Altos y que literalmente recorrió la ciudad.



Impresionante cortejo fúnebre de Salomón Ponce Ames y Manuel Alarcón Vidalón, mártires de la Alianza Obrero estudiantil

El gobierno no pudo impedir el paso del cortejo fúnebre, ni la impresionante masa de ciudadanos que unida, marchó rindiendo homenaje a los mártires, cuyos cadáveres avanzaban sobre los hombros de la atribulada multitud que recorrió las once cuadras que separan la morgue, de la casona de la Universidad de San Marcos, donde se realizó un estremecido

homenaje popular a los nobles hijos del pueblo asesinados por el régimen de Augusto Bernardino Leguía y Salcedo, el viejo político de la “*patria nueva*” que, convertido en *el tirano del oncenio*, mostraba cínicamente la inmerecida designación del “*maestro de la juventud*” que ordenaría masacrar jóvenes y obreros en Calle De Huérfanos.

Ya en la solemnidad del Salón de Actos de la Facultad de Letras, una discreta capilla mortuoria que contrastaba con la grandeza de la gesta heroica producida por los mártires caídos, daba cuenta de lo que sucedía y acompañaba el dolor de los presentes por el impune crimen.

El rector de la universidad, delegaciones docentes, representantes de la *Federación Obrera*, de la *Universidad Popular* y delegaciones sociales y confesionales presentes, fueron testigos de los gestos de adhesión, las oraciones de las comunidades cristianas y católicas presentes, así como de cantos como los de “*La Internacional Anarquista*”, así como el “*Himno de los Estudiantes Latinoamericanos*” en cuya letra resalta la frase: “*Juventud, juventud, torbellino, soplo eterno de eterna ilusión...*”

Una informal banda de música de estudiantes afinaba los acordes de una marcha en tono menor, en una *senza misura lenta* indescifrable en su inicio, pero que fue cobrando mayor claridad cuando se impuso el ritmo solemne de una procesión fúnebre que conduciría emocionados a los asistentes a escuchar, finalmente, la marcha fúnebre de Frédéric Chopin.

El gobierno había redoblado los esfuerzos por capturar a Haya de la Torre y al grupo dirigencial que lo acompañaba, seguro que asistiría a las exequias de sus compañeros, creyendo que, de esa manera, evitaría la propagación de nuevos homenajes, poniendo así, fin a las protestas para las que dictaron medidas complementarias, resguardando la zona

para controlar el acceso y las salidas, tomando además, los lugares contiguos *para actuar y tener control total* sobre los acontecimientos y las rutas probables de fuga de los buscados.

No quedaba duda, se preparaba una incursión pronto, razón por la que el obrero Eduardo Colfer, ya recuperado de la lesión por sable que recibió, decide acometer, junto a los estudiantes Luis Heysen y Enrique Cornejo Koster, provistos de gasolina, un conato de incendio con carácter distractivo y sin mayores consecuencias en la torre del observatorio de la propia universidad, un hecho que permitiría que Haya de la Torre pudiera escapar del lugar, tal y como finalmente lo hizo, protegido por la multitud de asistentes que lo cobijó.

Como resultado del fracaso del operativo de captura, el gobierno destituyó a varios funcionarios, entre ellos al Intendente de Lima, pasó a retiro a una parte de la oficialidad de la guardia de servicio y, aunque detuvo el asalto final programado a la universidad de San Marcos, hacia las tres de la madrugada, cedió y otorgo garantías para el funeral de las víctimas del 23 de mayo, *“pero solo por cuatro horas, debiendo restituirse, luego, el estado de sitio y la Ley Marcial”*, dice el comunicado que circuló al efecto.

Dadas las circunstancias, los asistentes a la despedida de los mártires de la Alianza Obrera, el mismo día 25 fueron notificados de la posibilidad de realizar una romería que, de no mediar mayores contratiempos, arrancarían cerca de las 10 de la mañana para despedir a los luchadores sociales Ponce y Alarcón. Así, a la hora señalada, *se inició el impresionante desfile rumbo al cementerio, de una manifestación llena de banderas rojas, estandartes de sociedades obreras*⁶ que

⁶*Detalles extraordinarios es lo que aparece en el artículo de Enrique Cornejo Koster, Crónica del Movimiento Estudiantil Peruano 1919- 1926, inserta en: Gabriel del Mazo. La Reforma Universitaria. Tomo II - Propagación Americana. Universidad Nacional Mayor de San Marcos- Lima. (1968).*

algunos calcularon en casi 30,000 ciudadanos que llevaban distintivos de luto e incontables ofrendas florales.

El quinto, no matar...

Una sentida procesión de numerosas delegaciones y ciudadanos encabezada por el propio Haya de la Torre llegó hasta el camposanto, lugar donde hicieron uso de la palabra los estudiantes y ciudadanos del pueblo, Manuel Beltroy, por los profesores de San Marcos, Humberto García Borja, por la Federación Obrera Local, Luis F. Barrientos y, por las Universidades Populares “Gonzales Prada”, Victor Raul Haya de la Torre, quien en su intervención repitió la impactante frase: *“El quinto no matar”*.



*Victor
Raul Haya de la
Torre en
encendida
oración,
rindiendo
tributo a los
caídos del 23 de
mayo de 1923 en
el Cementerio
General de
Lima.*

El quinto, no matar...el quinto, no matar”

Aquella fue una dramática invocación que invitó a los presentes a reflexionar en torno al quinto mandamiento de la

Ley de Dios y al inmenso dolor de la agonía de la muerte por causa injusta, fue el preluvió de un mensaje de elogio a la resistencia y ponderación de la entrega a una causa de juventud que fue una causa de hermandad y muestra de total y absoluta solidaridad.

Haya de la Torre ha sido enfático al señalar que aquel fue el “*sello ejemplar de una fraternidad indestructible en la lucha viril e indeclinable por los ideales eminentes, coronada por el glorioso martirio que les ha impuesto la injusticia brutal del despotismo*”.⁷

Con el entierro de las víctimas y el tributo del pueblo a sus mártires, parecía cerrarse un capítulo dramático de la historia del Perú que no terminaba de explicar la ausencia de una voz independiente de la política en los pastores de la iglesia llamados a confortar a las personas del dolor de la confrontación, en vez de convertir los púlpitos en instrumentos poco santos del poder.

Cuando acabaron las precarias garantías otorgadas por algunas horas por parte del gobierno para enterrar a los mártires de la Alianza Obrera, ésta logró el Decreto del Arzobispo de Lima anunciando la suspensión de la ceremonia de *Consagración de la República al Sagrado Corazón de Jesús*, una gesta que dejó constancia del reconocimiento de la ejecutoria honesta de Haya de la Torre, quien lideró una real victoria sobre la intolerancia y conquistó el respeto por la *libertad de conciencia* que sentó las bases de la libertad de culto y el Estado Laico.

Al respecto, el historiador Jorge Basadre ha escrito con equilibrada perspectiva:

⁷ *Discurso de Victor Raul Haya de la Torre en el Cementerio presbítero Matías Maestro el 25 de mayo de 1923. Ver: Murillo Garaycochea Percy. Historia del APRA. pp.43-50*

HAYA DE LA TORRE
Entre el cielo y el infierno

“Haya de la Torre recorrió las calles centrales de Lima la noche del 23, solitariamente, para denunciar a gritos los hechos de sangre en la calle Huérfanos, mientras algunos se ocultaban al verlo pasar; y se convirtió al día siguiente en el jefe de la multitud que extrajo los cadáveres de Alarcón y Ponce de la Morgue y los llevó en gran manifestación a ser velados en la Universidad para luego, en masa impresionante, conducirlos al Cementerio. La noche del velorio y el día del entierro, el local de San Marcos permaneció de hecho, bajo el mando de Víctor Raúl; ese día también él dominó en las calles de Lima”⁸

LA CRONICA
DIARIO ILUSTRADO POLITICO-INDEPENDIENTE E INFORMATIVO
Oficinas y Talleres: Pando Núm. 758 · Teléfono Núm. 2106 - APARTADO. Núm. 1087
LIMA PERU

ANO XI
SABADO
26
MAYO 1923
No. 4022 - PRECIO 5 cts.

El sepelio de las víctimas del miércoles



UNIVERSITARIOS Y OBREROS OYENDO EL DISCURSO QUE PRONUNCIÓ AYER EL SEÑOR HAYA DE LA TORRE EN EL PATIO DE JURISPRUDENCIA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL, MOMENTOS ANTES DE QUE FUERAN SACADOS DE LA CASA DE SAN MARCOS, LOS CADÁVERES DE LAS VÍCTIMAS DE LA MARCHA DEL MIÉRCOLES - LA GABEZA DEL COFREJO FUNERARIO AL SALIR DE LA UNIVERSIDAD.

BANCO MERCANTIL AMERICANO DEL PERU
Depósitos a plazo

Así informó la prensa sobre los acontecimientos dramáticos del 23 de mayo de 1923, las víctimas, el funeral de los caídos y el rol de Haya de la Torre al frente de la alianza obrero estudiantil.

⁸ Basadre, Jorge. *La Vida y la Historia*. / También en: *Historia de la República del Perú* 6a. edición, Lima, 1968, volumen XIII pp. 57-58 y 120-122.